LA UNION.

Valparaiso, viérnes 8 de abril de 1887.

AMENAZAS REVELADORAS.

Los señores del liberalismo gobiernista no se muestran contentos de la actitud de LA LIBERTAD ELECTORAL. Encuentran impertinentes y hasta insolentes las justísimas observaciones que este diario ha hecho con motivo del banquete en que se celebró como fausto y glorioso el inicuo atentado del 9 de enero, y la última jornada parlamentaria en que se intentó hacer la parodia de aquel malon ignominioso.

Los plumarios de palacio, debidamente instruidos, echan en cara a los directores del partido liberal independiente su falta de enerjía para ir hasta el fin por el camino de las complacencias y, sobre todo, su falta de resolucion para poner a raya a los subalternos levantiscos que, sordos a los tiernos y amorosos silbidos de su Escelencia el Presidente de la República, continúan honrando las columnas de LA LIBERTAD ELECTORAL con articulos llenos de altivez y de buen juicio.

Los plumarios de palacio, acostumbrados al rigor de la disciplina militar, no comprenden, ni los escrúpulos que impiden a los caudillos del liberalismo independiente dejarse deslizar con los ojos cerrados por el plano inclinado de las complacencias para con los que mandan, ni la audacia de los escritores, que a riesgo de lastimar la soberbia de los que mandan, continúan mostrándose fieles a su programa y consecuentes con su pasado.

Escándalos son estos que no pueden quedar sin castigo; y LOS DEBATES y LA PATRIA han escrito sendos articulazos, para pedir que sean con estremo rigor y a la brevedad posible castigados. De no, claramente dan a entender los dos órganos del liberalismo autoritario que Su Escelencia podria enfadarse y dejar caer los brazos que mantiene estendidos desde que subió a la presidencia, y aun desde antes, para recibir como padre cariñoso a los hijos pródigos de la familia.

En concepto de los hijos que no han sido ni serán jamas pródigos de otra cosa que de los dineros del Estado, las vacilaciones de los pródigos para entrar son una verdadera tontería. Segun ellos no es de hombres sesudos fijarse en esas fruslerias que se llaman honor, lealtad, consecuencia con las ideas, cuando ellas pueden ser obstáculos para penetrar en palacio. Si para el rei de Francia Paris valia bien una misa, bien vale para todo hombre de razon la Moneda una apostasía. El bochorno de la mala accion pasa, pero el provecho queda.

Es lo que, a lo que aparece, no quieren comprender todavía ni los directores de la agrupacion liberal independiente ni mucho menos los que llevan su voz en las columnas de LA LIBERTAD ELECTORAL.

Lo que está sucediendo no nos sorprende. Viejos diaristas como somos, comprendemos perfectamente las nobles resistencias que, a todo lo que es indecoroso, opone la conciencia de los que han adquirido el hábito de pensar en público y de espresar en lo que escriben sus pensamientos con absoluta franqueza.

Pueden los que nada juzgan imposible porque disponen de la fuerza ordenar las mayores iniquidades; pero una cosa es ordenarlas y otra mui distinta justificarlas. «¡Ea! mi buen servidor,—decia un tiranuelo italiano a su cronista, despues de haber consumado un cruel asesinato,—buscad por ahí un par de silojismos con que justificar esa manifestacion espléndida de la justicia de vuestro príncipe!» Y contestó el filósofo: «Su Alteza haga de mí segun su cólera le dicte; pero temo mas caer en la desgracia de Aristóteles que en la de todos los reyes del mundo!»

Tambien, como los filósofos de la Edad Media, los diaristas de la Edad Moderna tenemos nuestro Aristóteles, que no siempre ofrece silojismos con que complacer a los príncipes justificando sus feroces o innobles caprichos, y cuya desgracia nos es mas temible que la de todas las señorías, altezas y escelencias del mundo.

Con abrir las puertas de su palacio y decir a los de afuera: ¡Entren los que quieran con tal de que vengan a aumentar mi servidumbre!—ninguna hazaña ejecuta el dueño de palacio. Cambiar a los adversarios por servidores, sin hacerles la concesion mas mínima y obligándoles a ellos a dejar a la puerta todo lo que constituia su prestijio, es negocio de esos cuyas ventajas ni aun a los ciegos podrian ocultarse. Mas difícil es que los que han saboreado los nobles placeres de la independencia, luchando en campo abierto por todo lo que es hermoso y bueno, se resignen a trocar por la humillante librea de los criados de casa grande la limpia espada de los hidalgos paladines; y mucho mas difícil aun y casi imposible, que escritores habituados al respeto de la lójica, del público y de ellos mismos, se atrevan a pedir a su intelijencia sofismas para justificar una flaqueza semejante.

Por eso, como diaristas, nos hemos sentido orgullosos de los artículos de LA LIBERTAD ELECTORAL que han merecido el insigne honor de causar escándalo entre los palaciegos y de obligar a los portavoces de éstos a pedir para los autores de aquéllos los mas duros castigos que la ordenanza de la guardia pretoriana contenga contra los díscolos que perturban la disciplina y niegan a los mayorales el acatamiento que les es debido.

Esa actitud prueba que, como lo sospechábamos, los órganos del liberalismo gobiernista se habian apresurado un poco a dar por concluido un negocio que siempre creimos de difícil realizacion. Revela, ademas, que no anduvimos descaminados al insinuar que los dos grandes escándalos de estos últimos dias—el del Hotel Central y el de la Cámara—no tuvieron otro propósito que el de probar la sumision de los antiguos instrumentos del abuso, y el de poner a los ojos de los penitentes cuya llegada se anunciaba, todos los rigores de la nueva regla a que iban verse sometidos para que, despues del ingreso, no tuviesen ni motivo de arrepentirse ni pretesto para alegar ignorancia.

Con el escándalo del banquete y con la intentona de la Cámara el liberalismo gobiernista ha dicho en bien claros términos a los liberales independientes: ¡O bastones o enemigos!

Los dos últimos artículos de LA LIBERTAD ELECTORAL contienen la mas cumplida respuesta que podia darse a una tan insolente intimacion. Lo celebramos por el buen nombre de la prensa chilena, y hacemos votos porque los directores del partido muestren con su conducta que, en esta ocasion como siempre, el colega no ha hecho mas que interpretar con perfecta fidelidad las ideas y sentimientos que en torno suyo predominan.

TELEGRAMAS.

CABLE SUB-MARINO.

(VIA GALVESTON).

(Servicio especial de *La Union.*)

GENEVA 7th.—The Swiss Government has resolved to act vigorously against the Socialists and Anarchists, whose recent activity is thought to be calculated to disturb the peace of the state.

LONDON 7th.—Prince Alexander of Battenberg has again declined to be re-elected ruler of Bulgaria.—Queen Victoria has arrived at Aix-les-Bains from Cannes. She was much fatigued after the journey.

ROME 7th.—The Pope is about to issue a letter sanctioning the creation of a Catholic University at Baltimore.—The Pope persists that Dr. Mc. Glynn must come to Rome.

LONDON 7th.—At a meeting held at Chelsea last night a letter was read from Mr. Gladstone which said: «Our adversaries have availed themselves of the fact that I have taken a large share in placing the Irish problem as a question of practical politics before the country, and plead that it is a personal affair, that it is not a true conviction, and that the people are not in genuine sympathy with the justice of the Irish demand. With little reserve on my part, I will help them to be sooner understood, and profit more effectively by teaching. They are already beginning to receive teaching by events.»—Mr. John Morley, addressed an audience of 6,000 Liberals at Victoria Hall, South London, last night. He charged the Government with ruffianism in the administration of Ireland, and denounced the Crimes Bill as a shameful instrument of oppression. The measure was intended to lay tenants at the feet of the landlords who, flushed with triumph, would be spurred on by their own needs to harsh exactions, but that the Liberals would not desert the Irish people.

(TRADUCCION.)

JINEBRA, 7.—El gobierno suizo ha resuelto obrar enérjicamente contra los socialistas y anarquistas cuya actividad reciente, segun se cree, podrá llegar a turbar la tranquilidad del Estado.

LÓNDRES, 7.—El príncipe Alejandro de Battenberg se ha negado otra vez a ser reelejido Soberano de Bulgaria. La reina Victoria llegó a Aix-les-Bains procedente de Cannes y se encuentra mui cansada con el viaje.

ROMA, 7.—El Papa está por publicar una carta sancionando la creacion de una universidad católica en Baltimore. El Papa insiste en que el doctor Mc. Glynn debe dirijirse a Roma.

LÓNDRES, 7.—En una reunion que tuvo lugar en Chelsea anoche, se leyó una carta de Mr. Gladstone que decia: «Nuestros adversarios aprovechan el hecho de que yo haya tomado una gran participacion en desarrollar el problema irlandes como una cuestion de vital importancia política ante el país, y alegan que es un asunto personal y que el pueblo no simpatiza con la justicia de las exijencias irlandesas. Les ayudaré a hacerse oir mas para que aprovechen mejor las lecciones que los sucesos están principiando a darle.» Mr. John Morley, en un discurso ante un auditorio de 6,000 liberales en Victoria Halt, Lóndres del Sur, dijo anoche que el gobierno era culpable de la mayor inepcia en la administracion de Irlanda y denunció la lei sobre crímenes como un instrumento vergonzoso de opresion. Dijo que el objeto de dicha medida era echar los arrendatarios a los piés de los propietarios, los que trastornados con el triunfo se mostrarían mas exijentes. Pero, agregó, los liberales no abandonarán al pueblo irlandes.

REVISTA DE LA PRENSA.

LA LIBERTAD ELECTORAL.—Responde a las observaciones hechas por *Los Debates* tocante a la conducta de los liberales sueltos.

Verdad es que el Presidente de la República se ha empeñado en unificar a las huestes liberales; pero no han debido tener cabida manifestaciones políticas de partido calculadas para glorificar o en ensalzar hechos del pasado que fueron motivo de discordia, ni procedimientos parlamentarios que forzosamente habrian de provocar amargas censuras, ni insinuaciones, nada inocentes para desnaturalizar la participacion que en esta evolucion política corresponde a los miembros del partido liberal, que hasta el momento presente se han mantenido separados del poder.

Esplica la conducta de los liberales sueltos con la proyectada evolucion política, y, para concluir hace constar que las apreciaciones o actos sujeridos por un mal disimulado interes para embarazar un desenlace conveniente para el país de la evolucion en que está empeñado el Presidente de la República, partieron de campos en que no militan nuestros amigos y que no incumbe a nosotros la responsabilidad que esos tropiezos impongan, ni mucho menos la de la respuesta que a ellos hubimos de dar.

LOS DEBATES.—Asegura que los hechos y las propias declaraciones de los diputados conservadores contradicen a la prensa de ellos que está empeñada en demostrar que los diputados de su partido no obstruyeron el despacho de la lei de empréstito para el pago de los certificados salitretros, con el objeto visible de arribar a la conclusion de que no habiendo habido abuso por parte de ellos, no están justificados los procedimientos estremos que la mayoría empleó para impedir la prolongacion indefinida de las maniobras obstruccionistas.

LA EPOCA.—Dice que han fracasado todos los esfuerzos hechos para mover la opinion pública y ajitarla en favor de los obstruccionistas, que se han apoderado por asalto del partido conservador, a imitacion de ciertos sarjentones en épocas revolucionarias; y de ello da testimonio la conciencia del país y de un gran número de los miembros del mismo partido en que los obstruccionistas militan.

Agrega, el partido conservador tiene representantes meritorios y por todo estremo respetables, jefes que merecen serlo por su ilustracion, talento y servicios públicos; todos los cuales no han tomado participacion alguna en un debate, que segun dice el órgano que aplaude la elocuencia de los sacerdotes del obstruccionismo, revestia los caracteres de la mas alta importancia.

EL MERCURIO.—Hace algunas observaciones a un editorial de *El Ferrocarril* que manifestaba que la causa de los repugnantes abusos de la mayoría gobiernista en la Cámara de Diputados, es el crecido número de diputados y el que por tal causa no puedan ser mui escojidos.

El Mercurio culpa al obstruccionismo de esos abusos y dice: el dia que la opinion sacuda su letargo y vea que en el fondo de la innovacion parlamentaria está un trastorno inevitable de nuestro sistema de gobierno; el dia que desaparezcan esas cobardes complicidades del silencio, veremos tambien caer revueltas la consecuencias y las causas de nuestro malestar parlamentario.

LA POLITICA RELIJIOSA

DEL

PARTIDO REPUBLICANO.

(Traducido para *La Union.*)

LA SEPARACION DE LA IGLESIA Y EL ESTADO.

(Conclucion.)

VI.

Cualquiera política que tienda a debilitar a la Francia en el interior, la debilita esteriormente. Las faltas cometidas en cuestiones relijiosas se estienden mas aun que las demas, fuera de las fronteras.

La autoridad tiene tres orijenes: se conquista con la fuerza, por medio de los intereses y con las ideas. Estas tres fuentes unidas han mantenido por mucho tiempo la fortuna de la Francia: le han dado a un tiempo la preponderancia de las armas, la grandeza del comercio, la dictadura de las ideas. Mas tarde, dos de esas fuentes parecen haberse agotado para nosotros y derraman sus aguas para otros. Se alza un pueblo en el centro de la Europa semejante a una estatua colosal de la guerra.

Otro pueblo dueño de los mares y unido por ellos a colonias tan estensas como imperios, ha monopolizado los retornos y no deja a las demas naciones sino lo superfluo de sus riquezas. Ninguna de estas naciones ha sufrido con tales trastornos tanto como la Francia. A ella es a quien la Alemania ha arrebatado la supremacía de las armas, a ella es a quien la Inglaterra ha despojado de la supremacía del comercio: los despojos de un pueblo han servido de base a la grandeza de los otros dos. Solo un poder nos queda. Mientras unos conquistan con el soldado y otros con el mercader, la Francia conquista todavía con el apostol.

No debe considerarse como despreciable esta última superioridad que todavía nos deja la fortuna. La mas elevada ambicion a que pueda alcanzar una autoridad no es la de atraerse a los hombres o a los pueblos por el interes o por la fuerza. La fuerza deja a los espíritus dispuestos a la rebelion, el interes los deja calculadores; todo poder fundado en el temor o el egoismo está a merced de cualquier contraste. Solo hai duradero y verdaderamente superior a todos los azares de la suerte, la autoridad que conquista las almas; solo ésta es dueña de las voluntades, es obedecida por deber, respetada en el infortunio y de ella solo pueden obtenerse sacrificios. Tal es el carácter de la autoridad relijiosa la mas absoluta de todas; a ella es a la que aspiran los pueblos mas belicosos y mas ricos cuando poseen el verdadero instinto de la ambicion. La Inglaterra se ha hecho en el mundo entero el campeon del protestantismo; Rusia agrupa en torno suyo a las muchedumbres eslavas en nombre de la fe ortodoja; el protectorado que ellos reivindican para su culto, la Francia lo posee para los católicos desde hace mas tiempo, con mas autoridad, con mas derechos.

La Francia, en efecto, no solo ha sido una nacion católica, sino la nacion católica por escelencia en el mundo. Toda raza tiene sus virtudes, la nuestra posee la del apostolado. Su historia es una propaganda: parece que elabora mas para los demas que para ella misma, sus revoluciones y sus ideas. Las ideas fueron por mucho tiempo creencias. La Francia se formó porque un pueblo conquistó en nombre de la fe católica a sus vecinos herejes o paganos. Constituido apenas, prosiguió su mision con las cruzadas. Era tan visiblemente la inspiradora de aquel movimiento en el cual arrastró a la Europa, que pareció estar sola; para los orientales, los guerreros tuvieron un solo nombre, los francos, y la valentía de toda la Europa solo vino a aumentar nuestra reputacion. Poco a poco se ha venido probando que la violencia no abre camino a la fe; la Francia comprendió entonces la primera, aquellas palabras del Evanjelio que prometen la victoria a los mansos y lanzó al mundo nuevos soldados de la cruz. Estos no tienen derecho de derramar mas sangre que la suya propia; con esa sangre, no es una ciudad lo que pretenden conquistar sino todo el mundo infiel; la tumba que quieren rescatar es toda alma en que Cristo no ha resucitado todavía. Ampliadas y purificadas, las cruzadas se han convertido en misiones. Así como inició las primeras, la Francia ha iniciado las segundas y aunque varias naciones han seguido su ejemplo, ninguna ha reclutado ni renueva un ejército tan numeroso, tan heroico, tan conquistador.

Aun cuando llegara a discutirse si los misioneros son o no mensajeros de una verdad divina, imposible es negar que sean los embajadores de la civilizacion humana. Levantan sus altares sobre las ruinas de cultos crueles o bárbaros; llevan consigo artes y ciencias; revelan a cada rejion sus riquezas y las dan a conocer al mundo entero, ante todo dan a conocer a la barbarie la lei de la fraternidad, en sociedades donde las razas, las castas, los individuos se oprimen y se desdeñan; introducen la reforma madre de todas las demas: el amor el respeto a la personalidad humana. ¡Dichosos los pueblos que tales impostores descubren y transforman! Dichozo tambien el país que tales impostores produce! Sus beneficios plantean su influencia y hacen popular no solo la fe que enseñan sino tambiem la lengua en que enseñan y la patria de donde van. Merced a ellos, esa patria adquiere sin esfuerzo una influencia moral que no habia alcanzado con la conquista y si pretende adquirir ventajas mas tanjibles, encuentra camino abierto para su diplomacia y su comercio.

Esto es lo que en todos los tiempos ha comprendido la Francia. La relijion oficial habia establecido entre el poder político y el relijioso una comunidad de creencias: bajo ese réjimen el Estado apoyaba a las misiones como propagadoras de la verdad. El Concordato dejaba entre las dos potencias alianza de intereses; con ese sistema el Estado se empeñaba en sostener esa empresa por su utilidad. Ya que sirviera a la fe o que se sirviera de ella, creia de su deber el favorecerla. Su proteccion amparaba a los misioneros haciendo mas fácil su tarea, su vijilancia los acompañaba donde quieran que ejercian su ministerio, su intervencion diplomática y a veces su fuerza militar forzaban a las naciones infieles a respetar la vida y los trabajos de los misioneros, a reparar las ofensas hechas a ellos, a castigar los atentados contra ellos cometidos. Ha tratado siempre a esos hombres como si desempeñasen un puesto público y ha querido que fueran acojidos como enviados de la nacion.

Tan considerada era toda victoria relijiosa como victoria nacional que protejia a los misioneros estraños a la paz de los propios, y se atrevió a reclamar y obtener de los soberanos infieles el derecho de amparar aun contra ellos mismos a sus súbditos convertidos al cristianismo. Sabia que la relijion vencedora de la raza tornaba en servidores y amigos de la Francia a todos los que predicaban o recibian el Evanjelio. Esta autoridad lejítimamente usurpada por la abnegacion de la Francia y consagrada por la soberanía espiritual, es lo que los demas pueblos de Europa se han visto obligados a reconocer. En medio de nuestras humillaciones el esplendor de nuestro apostolado quedaba intacto y en su último congreso la Europa reconocia nuestros derechos.

Si se verifica la reparacion de la Iglesia y el Estado ¿qué quedará de esa suprema-cía? No cabe duda de que la felicidad de a Francia no ha de agotarse porque su gobierno desdeñe el cosechar sus mieses. El favor de los ministros no es lo que crea apóstoles. Pero el poder público puede aumentar o disminuir los obstáculos que en la práctica pueden encontrar esas vocaciones. El dia en que el Estado anule toda comunidad entre él y la Iglesia, sus leyes serán el primero y talvez el mayor obstáculo para nuestra propaganda. Los que se levanten sin su concurso no podrán contar con su apoyo; ni los diplomáticos ni los soldados están a las órdenes de unos aventureros a quienes lleva fuera de su país el interes por asuntos ajenos a su patria y aun sopechosos en ella misma. Por el solo hecho de que la autoridad nacional de su país cese de protejerlos, las autoridades de los países a donde se encaminan y que solo respeta a los mensajeros de la fuerza hará caer sobre estos violadores del culto, de las costumbres y de los vicios nacionales el peso de ese odio sin peligro alguno. Por los martirios con que terminan tantos apostolados, para las destrucciones salvajes que tantas cristiandades arrainan a pesar de la proteccion de nuestras armas y la certidumbre del castigo, puede calcularse lo que quedará de los sacerdotes y de la propaganda católica el dia en que el fanatismo de los soberanos infieles no tenga ya nada que temer.

Si hai politicos dispuestos a creer que, para mantener el antiguo órden de cosas bastaria una contradiccion y que el mismo Estado podrá ser destructor en el interior y defensor en el esterior del catolicismo, se engañan mucho. No solamente se privará de los medios de mantener su protectorado, sino que será desposido de su derecho para ejercerlo. Este derecho es una delegacion de la autoridad relijiosa. El Papado ha podido delegar los intereses relijiosos que relativamente a la Francia le incumben, cuando la Francia tenia a honra su nombre de potencia católica y mantenia con Roma una alianza secular y continuas relaciones. Pero una vez que la Francia rompa con ese pasado, y que la irrelijion de las leyes, la destruccion del Concordato, la cesacion de las relaciones diplomáticas, hayan suprimido la unidad de miras, los compromisos y hasta la palabra misma, ¿con qué pretesto dejaria el Papado el derecho de representar al catolicismo a una potencia que desea alejarse de él? Tiene en conciencia derecho, para fiar la proteccion de los cristianos a quien ostensiblemente trabaja por las ruinas del cristianismo? ¿No sería una culpable debilidad el conservar su posicion a la hija mayor de la Iglesia que niega a su madre? Y las demas hijas siempre celosas y que permanecen fieles, las demas potencias de Europa soportarian por mas tiempo un patronato que aun siendo justificado repugnaba a sus intereses, a su altivez? ¿Se cree que puedan ellas consentir en dejar el despecho de gobernar sus comunidades cristianas en los países infieles a una nacion que en su propio suelo ha abandonado al azar como cosa facil los destinos de la Iglesia? La separacion les suministrará el pretesto que buscan. Reivindicarán el derecho de protejer a sus compatriotas. Cómo podria la Santa Sede negarles una facultad natural y que están dispuestas a ejercer en interes de la Iglesia, por mantenernos un privilejio justificado tan solo por la superioridad de nuestro celo agotado ya? Y cuando Roma cese de reconocernos el rango que su paciencia nos conserva aun, cómo mantendríamos y haríamos la guerra a las potencias católicas de Europa so pretesto de protejer a sus connacionales a su pesar? ¿Suerte sería que nuestros propios misioneros, condenados por nuestra política a un abandono que es la ruina de su obra, no se vean forzados a aceptar para ellos mismos y para sus fieles, la tutela de uno de esos estados católicos, nuestros clientes todavía, y si las conquistas obtenidas por las virtudes francesas y por la sangre francesa no van a aumentar la influencia de nuestros rivales?

VII.

Solo una razon podría lejitimar el abandono por parte de la Francia de su mision tradicional. Las relijiones a veces declinan y desaparecen. Si el catolicismo fuera una relijion muerta o moribunda, los políticos deberian separarse de ella. Pero que contemplen el mundo y digan si hai alguna relijion que ocupe un espacio mas considerable en la política de las naciones.

El puesto que la Francia va talvez a abandonar se lo disputan ya el Austria y la Italia. Dondequiera que la primera dirija su vista comprende la importancia de su union con el catolicismo. Si la secreta esperanza de recobrar su importancia en Alemania le tentara alguna vez, recordaría que las diverjencias confesionales subsisten cual una causa latente de conflictos entre la Prusia y los estados católicos de la Alemania nueva. Si el Austria deja inclinarse hácia el oriente la corriente definitiva de sus destinos, los pueblos esclavos aspirarian a su tutelaje aunque disputados por otros protectores. La península de los Balkanes ha pertenecido alternativamente a tanto señores, y las razas que lo habitan están de tal manera mezcladas entre sí, que las nacionalidades no se distinguen ya en ella por la sangre, sin o por la fe. A la influencia ortodoja griega, el Austria opondria la influencia católica. Los eslavos de esta relijion forman en su mayoria parte del imperio y mediante ello influye en los que están fuera de sus dominios, y para asegurar una base sólida a su propaganda y garantías a sus futuros designios ha asentado su protectorado sobre las comunidades católicas desparramadas como islas en el vasto mar del mundo ortodojo griego. Está lista para estender su mano a las comunidades harto mas florecientes, con que el fervor frances ha sembrado el Asia Menor; bien conoce cuánta fuerza habrá adquirido el dia en que frente a frente con la Rusia, se establezca en Constantinopla como mandatario de la relijion católica.

Mas católica aun en su pasado, la Italia, para alcanzar su unidad, tuvo que emprestar de la revolucion sus soldados y su método. Sin capital y sin recursos, arrebató al Papado sus bienes y Roma. Desde ese dia el Papado no cesa de protestar: la espoliacion, la unidad obtenida merced a ese despojo, la familia real que ha usufructuado los frutos de la iniquidad, todo ha sido anatematizado a la vez por la Iglesia. ¡Cuántos pretestos para romper con una relijion que allí se declara enemiga del Estado y se ostenta como irreconciliable con el sentimiento nacional! Pero el injenio italiano es harto perpicaz para comprender que en semejante lucha no hai victoria. Así como ha sido resuelto para demoler lo que a sus propósitos convenia, así tambien se ha cuidado bien de no agravar con ninguna herida inútil las rupturas ya comenzadas. Ha disimulado la espoliacion bajo el nombre de la patria, pero una vez constituida la patria, no ha olvidado que esta contiene una poblacion católica que satisfacer en el interior y tambien una clientela católica que complacer en el esterior. Pudiendo espulsar al Papa y obligada ha hacerlo si quiere parecer realmente señora de Roma, la Italia ha reconocido a su irreconciliable enemigo su carácter de soberano, ha procurado conservar en su territorio y llenar de italianos afectos siempre a su raza, ese gobierno relijioso que estiende su accion por el mundo entero: exime del servicio militar para dedicarlos al ejército de misioneros a los jóvenes con vocacion para este ministerio, los envia en gran número a las riberas del Mediterráneo, a los paises mismos en que ejercemos nuestro propio protectorado, a Tunez, a Siria, a Palestina; sueña pues con ser audaz en su flexibilidad, con hacer que el mismo Papado le agradezca su fervor y con recibir privilejios de las mismas manos que halo espoliado. Si no nos amparase el recuerdo de sus atentados ya nos habría suplantado; pero es paciente, cuenta con que la enormidad de nuestras faltas hará olvidar las suyas y no dará por completa su unidad sino el dia que reciba nuestra herencia.

Aun las naciones estrañas al catolicismo, aun las que, apesar de estar dominadas por otra relijion, tienen sus razones para odiarlo y han procurado destruirlo, reconocen su poderío y procuran vivir de acuerdo con él. Talvez en parte alguna «la idolatría papista» ha escitado mas odios que en Inglaterra ni en parte alguna se han tomado contra los católicos medidas mas rigorosas. En ningun punto del territorio eran tratados como ciudadanos; en Irlanda, ni siquiera se les consideraba como hombres. La persecucion que creyó debia asegurar su tranquilidad no hizo sino perturbarla: acabó por reconocer que la justicia era la base necesaria del órden. Aprendió a respetar en el catolicismo uno de los elementos de ese órden, no cree ya que este sea una amenaza sino un apoyo y así es que tolera sus obispos y ha entablado relaciones con la Santa Sede; en los dias sangrientos que la amenazan, se creerá talvez feliz en encontrarlo como mediador, pues si hai alguna autoridad en el mundo capaz de inclinar hácia la paciencia el alma de la Irlanda exasperada por tres siglos de iniquidad, esa autoridad es la voz reverenciada de sus sacerdotes.

Lo que la Irlanda es para la Inglaterra la Polonia es para la Rusia. En vano la Rusia ha tentado el concluir con ese pueblo despedazado, cuyos trozos se obstinan en vivir. Comprendió que la fe católica perpetúa en él el amor de la patria y emprendió contra la relijion una guerra como saben hacerla quienes, con suprimir un peligro, creen matar un remordimiento. Pero aun donde ha creado la soledad no ha podido encontrar la paz, y para obtener esa tranquilizado en el suelo custodiado por sus armas, ha tenido que pedirla al Jefe del culto proscrito. Las negociaciones cortadas siempre y siempre reanudadas entre ella y la Santa Sede, demuestran que ya no tiene fe en la violencia y su altivez que se rebela aun contra las condiciones indispensables para un acuerdo duradero, imitará tarde o temprano el ejemplo dado por el gran pueblo su vecino.

Ese pueblo, la Alemania, el mas orgulloso con su fuerza material, despues de restablecer el imperio jermánico, pensó en renovar la añeja querella entre el imperio y el sacerdocio. Por esta vez, los católicos son en el cuerpo jérmanico la minoría, el protestantismo ha ceñido la corona y maneja la espada y el hombre que formó el imperio espera concluir contra la Iglesia el curso no interrumpido de sus victorias. Tambien la Polonia, con la Alsacia y la Baviera son las piedras inseguras del edificio levantado por su jenio. Donde quiera que existen o adversarios o amigos poco seguros, allí dominan los católicas. El canciller se propone doblegar la independencia demasiado altiva que su relijion les inspira y los quiere menos buenos católicos para que sean mejores alemanes. Sus sacerdotes les infunden el espíritu de rebelion recibido por ellos mismos de Roma. Bastará que el gobierno clausure los seminarios, instruya al clero en sus propias escuelas, le enseñe la mision providencial de la fuerza y de la infalibilidad del Estado y elija para gobernar las diócesis y las parroquias a aquellos hombres cuya docilidad y adhesion haya esperimentado. Verdad es que esas diócesis, esas parroquias y esos seminarios tienen directores titulares cuyo voluntario retiro no puede exijirse ni cuya muerte es posible esperar. Pero el poder que ha derribado reyes puede mui bien espulsar obispos; los soldados que con un golpe han abatido al Austria y tenido durante seis meses a la Francia bajo sus plantas, solo tiene a su frente un ejército de escolares y de ancianos.

La lucha se traba, dura ocho años y a medida que se prolonga la ajitacion de las conciencias aumenta, el descontento público se arraiga, se forma un partido para combatir la persecucion relijiosa y adquiere tal poderío que llegan a tener en jaque al canciller. Cierto es que para tal hombre es la opinion un débil obstáculo; él sabe formarla, pero no soportarla y no habria parlamento que le obligara a renunciar a un propósito que él crea útil al imperio; pero tiene en contra suya su propia conciencia. Ve claramente que con perseguir a la Iglesia no ha dado fuerzas ni al protestantismo ni a la corona, ni a su propia persona y que gasta infructuosamente sus fuerzas, comprometiendo la tranquilidad del país.

Una vez que ve claro se resuelve. El hombre eximio en las obras de hierro y de sangre, a quien no estorban ni escrúpulos ni consideraciones, manifiesta su talento bajo una nueva faz: se atreve a confesarse vencido. Ni la cólera del primer fracaso que haya sufrido, ni la necia vergüenza de confesar su error, logran suspender su marcha. Va a Canosa a pesar de su pro mesa, mas grande talvez el dia en que, reconociendo su contradiccion, asegura la tranquilidad relijiosa de su país, que el dia en que en medio de sus afortunadas campañas, ceñia en las sienes de su soberano la primera corona del universo.

En los momentos en que la sabiduría de todas las naciones, pone un término a las luchas confesionales y busca en todas partes la alianza del catolicismo, en un solo punto del mundo, hombres que se creen políticos y alardean de patriotas, preparan una lucha entre la Iglesia y la sociedad. El país por ellos elejido para este ensayo, es aquel en que los católicos forman la poblacion mas numerosa y menos dividida, en que el catolicismo tan antiguo como la nacion ha penetrado en ella desde su orijen, dominando su historia, formando sus costumbres, inspirando su espíritu. Buscan esta lucha despues de una revolucion que formó los antiguos abusos de la Iglesia y despojó al clero de sus riquezas, de su autoridad política, cerca de cien años despues de un tratado que colocó al clero bajo la dependencia del poder civil, que dió los cargos eclesiásticos a hombres nacidos del pueblo y que ha formado sacerdotes de costumbres arregladas, caritativos y amantes de su patria hasta el sacrificio. Comienzan las hostilidades en los momentos en que en la nacion mutilada por la guerra estranjera, toda discordia es un sacrilejio, en que en las provincias perdidas el clero católico continua siendo el alma de la protesta contra la conquista, el consejero de la fidelidad hácia la patria perdida. Van a consumar esa ruptura el dia en que la Francia, aislada por su forma de gobierno, sospechosa por los errores de sus jefes, posee en el Papado su último amigo y en el protectorado católico su mas poderosa influencia en el esterior. Ellos continuan con sus leyes el mal que el invasor comenzó con sus armas. Su crímen es privar a su patria durante la paz, de las fuerzas que la guerra misma respetara. Esos hombres, sea que tengan o no, conciencia de lo que hacen, esos hombres repito son los enemigos de la Francia.

ESTÉBAN LAMY.

EL HOMBRE-DIOS.

I.

Diezinueve siglos hace.

La tarde es triste como la mirada de la madre que ha perdido al hijo de sus amores, y sombría como el pensamiento del que medita la venganza.

Las flores del valle han plegado sus corolas, y el septentrion brama en las concavidades de la montaña, pronto a lanzarse sobre los mundos y a arrastrarse sobre el manto de la naturaleza, que la primavera bordara con nardos, violetas y rosas.

En las cimas del Gólgota se alza una cruz, y de sus brazos está pendiente el hijo de María la Nazarena.

En otro tiempo sus ojos brillaban como el rayo de sol que se quiebra en el mar, y su mirar sembraba luz y alegría.

Caian en ondas sobre los hombros sus cabellos, rizados como las olas del lago de Jenesareth con que juegan en las noches serenas las perfumadas brisas del monte Líbano.

Era dulce su sonrisa, y su continente reposado y majestuoso como el de un mensajero de paz.

Andaba sobre las espumas de los mares como la garza real y como el cisne sobre los lagos.

Si hablaba, la mágica armonía de su palabra dominaba a la revuelta muchedumbre y la arrastraba tras de sí como el canto del ruiseñor, que saluda desde su floresta al viajero, le seduce y le conmueve y le detiene en su camino.

Abria con el poder de su acento los sepulcros, y los muertos se levantaban, a su voz, llenos de vida:

Leia los secretos ocultos entre los pliegues mas recónditos del alma, y su mirada penetraba en el vacío y le arrancaba sus arcanos misteriosos.

Miraba a los mundos del infinito, y las estrellas detenian su curso en medio de la noche para doblar las luminosas frentes delante de Él, escuchar sus mandatos y adorarle.

Sentado sobre la cumbre de la montaña, mandaba a los mundos detenerse, marchar a los siglos, cumplirse a los destinos, y a la humanidad levantarse de las tinieblas.

Los poderosos sentíanse pequeños ante su grandeza; los humildes hallaban sombra bajo su manto; los sabios le admiraban, y los ignorantes bebian la sabiduría de su divina palabra.

¡Como han cambiado los dias!

Entonces era grande, y todos le rodeaban... Ahora padece y jime: ya no levanta su hermosa cabeza entre la absorta muchedumbre: sus ojos están cerrados a la luz: una cruz le sirve de lecho y de trono a un tiempo mismo, y todos le abandonan y huyen de Él como de un proscrito condenado al suplicio de los grandes criminales.

¡El mundo es siempre el mismo! Adora a todo el que es grande mientras le seduce, porque no le comprende, o porque le avasalla su grandeza; pero ¿quién se acuerda del mártir que se ofrece en holocausto por la humanidad? ¡Qué importa a los que sobreviven los secretos, los dolores o la grandeza de los que se desploman en la tumba!

Ha predicado la palabra de la vida, y el mundo le paga crucificándole, despues de haberle atormentado cruelmente, y sirve de ludibrio a las jentes, que se reparten sus vestiduras y echan a la suerte su túnica.

Muere, y los suspiros de su agonía se pierden entre el tumulto de la ciudad, de los templos y de los profetas, ahogados por el confuso rumor del populacho, como el grito lanzado en medio de los desiertos.

No habia pretendido solevantar los pueblos y alzarse con ellos y arrebatar su cetro a los príncipes de la tierra; nó. Su palabra no era un grito de guerra, sino un salmo de paz.

Pero habíase anunciado a Sí mismo por su doctrina y sus hechos como el Hombre-Dios, el Hijo del Eterno, sombra y encarnacion, a un tiempo, de su Padre celestial; y aquel pueblo judaico, que tantas veces habia prevaricado y que por ambicion y egoismo habia torcido el sentido de la palabra misteriosa de sus profetas; ese pueblo, cuya ceguedad de siglos y de raza no podia comprender la sublime grandeza de aquella hipótesis divina y rejeneradora, que venia a ser la nueva palabra mágica de la Humanidad, le hizo expiar en una cruz el ódio que aquella raza sombría profesaba a todo lo que era nuevo e indescifrable para ella, a todo lo que llevaba en sí el jérmen de la idea, a todo lo que no halagaba sus ansias de dominacion.

II.

¡Desgraciada Sion! Pretendiste apagar la palabra de Cristo, y sin embargo, esa palabra ahogará bien pronto el rumor de tus viejos salmos bajo los arcos derruidos de tu templo secular, que el musgo coronará con sus verdes guirnaldas.

Ha muerto Aquel que amansaba las olas del Tiberiades, y no tienes ni un pobre sepulcro para que en él duerma el sueño de la muerte.

Pero ¡no importa! No faltará un brazo amigo que labre su tumba entre las rocas de tus colinas, y esa tumba será mas sagrada y mas digna de Él. ¿Puedes, acaso, hacer que no se cumplan las Escrituras?

Pondrás guardias sobre la losa de su túmulo; pero ¿quién puede someter al hueco de una peña a Aquel para quien el orbe es estrecho espacio, y a quien sirve de trono esa alfombra de soles y de mundos que se estiende por la inmensidad?

¡Duerme, Jerusalem, duerme! Cuando despiertes, el mundo viejo habrá dejado de ser, y sobre los horizontes pasearán sus esplendores un nuevo sol, cuya lumbre no podrás apagar, ni siquiera desviar uno tan solo de sus destellos.

Duerme Jerusalem... El hombre ha muerto víctima de la humanidad entera; pero el Dios, cuyos dias nadie puede contar, la reanima con su soplo.

«Yo soi la verdad y la vida», ha dicho El mismo; y la vida y la verdad pasan sobre los hombres, y las jeneraciones y los siglos, como pasan el austro sobre las cumbres del Ararat y del Himalaya, y las brisas sobre los lirios, los granados y los cinamomos que besa el Eufrates.

III.

¡Y resucitó al tercer dia!

Mira, mira, Judá: ¿puedes t